

ner/Biblioteca Castro (1993) de las obras completas de este autor. Por otro lado parece evidente que una cosa es la obra de arte cervantina –obra genial, que admite infinitas lecturas, cada una diferente– y otra el *corpus* crítico –oceánico– que se ha ido creando a lo largo de la tradición erudita como una superestructura añadida sobre ella. La obra de Cervantes y la obra crítica no siempre han ido de la mano.

El libro del profesor Redondo está constituido por una recopilación de importantes artículos publicados previamente y quiere constituirse en una lectura moderna a tener en cuenta, «otra manera» nueva de entender el texto sagrado de Cervantes. Esa lectura que nos ofrece, creo, surge enraizada fundamentalmente en el *humus* de la crítica francesa, con referencias, además –muy reiteradas– a los trabajos sobre la risa liberadora de la literatura carnavalesca debidos a Bajtín –de amplia difusión en Francia–, que Redondo aplica a la obra de Cervantes entendida como texto de entretenimiento pero de gran complejidad y riqueza, haciendo mención también a diversos autores españoles como Julio Caro Baroja, por quien manifiesta justa admiración.

Lo que Redondo propone, con una lectura sociológica muy al día, es un estudio de la recepción literaria entre capas no elitistas sino populares, indicando que en el Siglo de Oro español se entremez-

clan los fenómenos culturales y eruditos.

De este modo se refiere por ejemplo al color verde como símbolo de locura en el personaje del Caballero del Verde Gabán, en artículo de 1995. Aquí echo de menos la referencia a los importantes trabajos de Francisco Márquez Villanueva –de quien se citan sin embargo otras obras–; me refiero al libro editado también en 1995 en Alcalá de Henares por el Centro de Estudios Cervantinos, *Trabajos y días cervantinos* (cfr. sus páginas 23-59, especialmente 33-47), que a su vez glosa en este sentido estudios de Miguel Herrero (1953) y Helena Percas (1975) sobre este aspecto del color verde asociado a la locura, que Márquez Villanueva amplía con otras referencias semejantes en ese capítulo. Quizás Redondo podría haber puesto al día la bibliografía en 1998 en este aspecto puntual, que no tiene sin embargo mayor importancia, ni desluce en modo alguno su ensayo, que tal vez aguardó en las prensas a su publicación.

El libro de Redondo contiene interesantes aportaciones relativas a la sociedad de la época cervantina, por ejemplo al tema apasionante de los arbitristas. Posee una bibliografía densísima que permitirá una prolongación de sus estudios para jóvenes investigadores atentos a sus sugerencias. Recala en las circunstancias históricas que rodean a la obra cervantina, que le parece surge

del ambiente festivo de la corte vallisoletana en las carnestolendas de 1599, al celebrarse la boda de Felipe III con Margarita de Austria, lo que puede constituir el fermento original de la genial novela.

De este modo la sociedad de la época queda ampliamente retratada en este trabajo de singular profundidad. Se tratan también temas muy diversos como la melancolía quijotesca, las estantiguas o apariciones de ejércitos mágicos etc. No creo sin embargo que existan en *El Quijote* los rasgos de erotismo que se señalan, sino un amor idealizado patente en el personaje evocado de Dulcinea y los de las novelas intercaladas, que Filgueira Valverde estudiara en 1948 en relación al amor trovadoresco.

La parte más interesante del libro, siendo todo él pleno de sugerencias, viene constituida por los retratos de los diversos personajes de la novela cervantina: las raíces folklóricas y carnavalescas del personaje de Sancho —estudiadas de otro modo por Molho—, el personaje de Don Quijote —con fuente en la *Commedia dell'Arte*— y el de Dulcinea. Son capítulos muy brillantes, como los referidos a la relación de Ginés de Pasamonte con el mundo demoníaco.

En el volumen se analizan también diversos episodios de la novela cervantina, con especial atención a la Segunda Parte: el tema de la tercería; el episodio de Basilio; el de la cueva de Montesinos —que tanto ha sugestionado a la crítica—;

las raíces demoníacas del personaje de Micomicona, con nueva insistencia en los aspectos carnavalescos.

En fin, se trata de un estudio muy rico en ideas, con análisis muy lúcidos y atractivos. Quizás haya una cierta reiteración en los fundamentos bajtinianos de la literatura carnavalesca. Pero más allá de estos presupuestos teóricos, por otro lado muy bien aplicados, subsistirán las numerosas sugerencias interpretativas —sólidamente fundamentadas en documentación de primera mano— que hacen de este libro una gran aportación.

Diego Martín Torrón

El filósofo y la memoria del siglo. Tolerancia, libertad y filosofía, Raymond Klibansky en conversación con Georges Leroux, traducción de María del Mar Duró, Península, Barcelona, 1999, 185 pp.

Nacido en Francia en 1905, criado en la Alemania de entreguerras, exilado en 1933 a Londres por su condición de judío, Klibansky es conocido, sobre todo, por el clásico libro sobre la melancolía escrito con Panofsky y Saxl. En estos diálogos va desgranando reflexiones al hilo de una autobiografía ordenada. Patética y todavía inexplicable es la serena riqueza de la cultura alemana anterior al nazismo, incapaz de

prever lo que se venía. El currículo profesoral es deslumbrante: los hermanos Weber, Cassirer, Jaspers, Gombrich, Heidegger (de real y aparente profundidad), Heisenberg (un ejemplo de falsedad) Rickert, y suma y sigue.

Klibansky, casi centenario, tiene bien organizada su memoria. Cree que Nicolás de Cusa es el primer filósofo moderno porque resulta capaz de pensar la libertad humana frente a la gracia divina, puliendo las infructuosas tentativas de Lutero y Calvino, que intentan restaurar a un san Agustín desplazado por los jesuitas. A la vez, su interés por la melancolía se encamina a esa frontera entre demencia y conocimiento donde la oscuridad melancólica es auxiliar de la luz racional, al tiempo que se convierte en el sentimiento moderno por excelencia, el de la historia como caducidad.

Defensor de la tolerancia y también de sus límites (no debe tolerarse a los intolerantes, hay que convertir la tolerancia en diálogo, en interés apasionado por el otro) observa que la modernidad tiene, a su vez, un fuerte confín: suprimir la trascendencia entre las expectativas humanas. Un hombre que no cuenta con un más-allá, religioso o intelectual, se hunde en la inmanencia cotidiana y pierde el horizonte de su ser. Y este es el gran desafío de nuestra civilización, vista por este vivaz anciano que se encuentra con los dilemas de su juventud.

Visión en azul. Estudios de mística europea, Alois M. Haas, traducción de Victoria Cirlot y Amador Vega, Siruela, Madrid, 1999, 163 pp.

Mística, erotismo sexual y creación poética han estado siempre compartiendo una difusa frontera. A pesar de cierto resquemor puritano, el autor no puede evitar una enésima aproximación de estos fenómenos. En las mujeres que cuentan sus experiencias visionarias, lo corporal es más que elocuente. En los varones hay mayor abstracción y metáforas algo más complejas: la noche es la unidad del sujeto y Dios, el entendimiento ignaro de la visión, la confusión cósmica; el azul, emblema del otro mundo, el verdadero, que convierte la vida en extranjería y exilio.

A su vez, la alquimia sexual y la disolución mística impelen la palabra fuera de su tarea comunicativa, convirtiéndola en objeto autónomo, en cosa verbal, en poema. Con habilidad, Haas alterna textos místicos con poesías aparentemente lejanas de todo misticismo, allí donde Arp y Celan se mimetizan con el Maestro Eckhardt.

Luego viene la teología, que intenta explicarlo todo. Si prescinde de la experiencia mística, se torna mera antropología o historia comparada de las religiones. Este proceso también es considerado por Haas, quien se remonta a la tardía Edad Media porque fue el momento fuerte de la

triple coincidencia, un momento que alcanza a Teresa de Ahumada y Juan de Yepes.

A pesar de algunas reticencias ante la sexualización de lo místico y lo poético, y una exagerada fobia al freudismo, el libro, con su recorrido de casos, insiste en un nudo de la historia humana donde el cuerpo, el más allá y el verso trazan, en el infinito azul, el orgasmo utópico de la totalidad.

El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna, *Michael Ignatieff, traducción de Pepa Linares, Taurus, Madrid, 1999, 197 pp.*

Nuestro siglo ha conseguido poner el mundo en el salón de cada quien, por medio de la televisión; ha redactado minuciosos catálogos de derechos humanos; ha proclamado la fraternidad universal. Sin embargo, ahí están las grandes matanzas de la historia, el cotidiano ejercicio de amor al conocido y odio al extraño, la creencia nacionalista de que no tenemos nada en común con los de afuera, de modo que nuestra relación con ellos sólo puede ser la guerra.

Ignatieff, ante el espectáculo de la guerra entre serbios y bosnios, razona y critica una vez más la filosofía identitaria: el no ser algo. Croata es quien no es serbio y viceversa (vasco es quien no es español,

podríamos apostillar desde aquí). En realidad, hay en la mentalidad nacionalista un narcisismo de las pequeñas diferencias (la complacencia del varón por la suya, tan estudiada por Freud) que siempre se pueden hallar en los detalles nimios y cotidianos. Glorificadas y convertidas en emblema de privilegios, estas diferencias alimentan el amor propio y el odio ajeno de las sociedades transformadas en tribus.

Las conclusiones de Ignatieff son sombrías. Si los guerreros no resultan honorables y no limitan sus prácticas violentas, la guerra seguirá siendo la realidad circular y sangrienta de nuestro mundo. Amaremos al prójimo y odiaremos al vecino, como irónicamente dice Chesterton. El prójimo será humano y el vecino, infrahumano. Sólo una crítica racional de los nacionalismos y del carácter heroico de la guerra puede colaborar a que las cosas cambien, porque parece que, de otra manera, ellas solas no están muy dispuestas a cambiar.

Eros y magia en el Renacimiento, *Ioan P. Culianu, prefacio de Mircea Eliade, traducción de Neus Clavera y Hélène Rufat, Siruela, Madrid, 1999, 410 pp.*

La noción de magia que maneja Culianu en este libro es de una arriesgada amplitud: la ciencia de lo